

Se impone, entre tanto, una distinción fundamental. Una cosa es, para Carlos Drummond de Andrade, el absurdo como padecimiento espiritual, y otra es el absurdo que implica una epifanía. En el primer caso, la presencia del absurdo es concomitante de la desolación. En el segundo, de un conflicto intelectual entre experiencia poética y comprensión racional de su idiosincrasia, conflicto —este segundo— que no redundará jamás en la negación del valor de la existencia poéticamente sentida ni en la subestimación del poder concreto de la experiencia poética. Por lo tanto, cabe señalar que la poesía, para Carlos Drummond de Andrade, constituye simultáneamente un hecho inexplicable y una manifestación de la facultad de empatía del hombre con el mundo. La poesía es, por eso, eclosión del deseo de afirmación dialógica y, al unísono, afirmación dialógica lograda, realización de la voluntad de encuentro del hombre con el mundo. Afán de comunión y comunión sobrevenida. Sed y sed saciada. Indicio, diríamos, de un sustrato del alma donde el pacto con la vida no se ha deshilachado bajo los efectos del desencanto, el dolor, la monotonía o la indiferencia. Amorosamente emparentado con ella, el escritor que es Carlos Drummond de Andrade, desmiente, pronunciándose desde la poesía, el carácter hegemónico de la incompreensión que desespera, de la distancia en la que se marchita todo afán confraternal, del absurdo que a todo le infunde irremediable gratuidad.

Carlos Drummond de Andrade es, pues, literalmente tomado por la poesía; arrancado, con cada poema que lo reclama como autor, a la desvaída atmósfera donde agonizaba sojuzgado por la rutina, el sentimiento de injusticia social, la mediocridad de una existencia urbana opaca y anónima, la angustia impuesta por la impotencia para compensar, con nuevas alternativas y creencias, las viejas convicciones perdidas para siempre.

El escritor, es cierto, no responde con su poesía a la pregunta por la condición de posibilidad de esta prodigiosa evasión del reinado de la obvedad y lo moralmente repudiable. Pero asimismo es cierto que, reiteradamente, aborda y describe este modo de ser, esta función esencialmente renovadora que la poesía parece tener en su vida; y lo hace para interrogarla, sin desmayos, alentado, en su empeño, por la fascinación que sintió por esta cuestión.

Mi materia, por lo tanto, han de ser algunos de los contenidos de la idea que Drummond de Andrade se formó sobre esa experiencia, la poesía; experiencia que tanto contribuyó a impedir que su vida se precipitara de manera irreparable en la desesperación y que, rescatándolo una y otra vez del sentimiento aplastante del absurdo, no dejó nunca de constituir para él un inexplicable atributo de su corazón y de su inteligencia acerca del cual, fuera de su obra literaria, mantuvo un casi obstinado silencio.

Alguna Poesía

Bajo este título, Carlos Drummond de Andrade agrupó y publicó muchos de sus poemas escritos entre 1923 y 1930. El primero de esos textos que consideraré aquí se titula «Poema de las siete fases». Su quinta estrofa revela que quien nos habla es ateo: *Mi Dios, por qué me abandonaste/ si sabías que yo no era Dios/ si sabías que yo era débil.* Asimismo, es evidente que el autor del texto desearía recuperar la fe y que no se jacta de haberla perdido. Pero reconquistar la fe equivale a liberarse del sentimiento pri-

mordial que lo domina: el del absurdo. *Pasa el tranvía lleno de piernas:/ piernas blancas, negras, amarillas./ Para qué tanta pierna, mi Dios, pregunta mi corazón.* Lo absurdo fuerza a Drummond de Andrade a recortarse del paisaje, a extrañarse de él y a observarlo desde el distanciamiento afectivo que ese extrañamiento le imprime. En consecuencia, no pareciera haber, en primera instancia, esperanzas de triunfo sobre la desolación moral y afectiva para esta conciencia huérfanas de fe y, a la vez, sedienta de ella. La indefensión ante la realidad, es decir, ante las atrocidades de la realidad —en cuyo amplísimo abanico se agolpan desde las enfermedades y cataclismos naturales hasta las expresiones más sórdidas de la injusticia social y las precariedades personales— se plasma diáfana en los tres primeros versos de la sexta estrofa del poema que estamos comentando: *Mundo mundo vasto mundo,/ si me llamara Raimundo/ sería una rima, no sería una solución.*

Sin embargo, tan poderoso como el sentimiento del absurdo cuando se adueña del corazón de Drummond de Andrade es el sentimiento de ternura que alterna con el desaliento en la posesión de ese corazón y que lo reconcilia emocionalmente con la vida aunque no le restituya la fe religiosa. Es ese caudal de ternura el que permite al poeta reencontrarse con la naturaleza: *esa luna y esa tarde que tal vez sería azul/ si no hubiese tantos deseos.* Es, igualmente, ese caudal de ternura que disputa al absurdo la posesión del hombre, el que pareciera terminar arrastrando en su torrente jubiloso a la desesperación sembrada por la pérdida de Dios: *Mundo mundo vasto mundo,/ más vasto es mi corazón.*

Pero, como se irá viendo, si la ternura que se corporiza en la poesía puede desplazar a la experiencia absurda, ésta, a su turno, vuelve a arremeter y a reconquistar el terreno perdido, en una alternancia a la que sólo pareciera ser capaz de poner término el suicidio o la fe definitivamente recuperada. Drummond de Andrade empero, no desemboca ni en una ni en el otro: va rotando incansablemente del extremo representado por el vacío de significación al extremo de la plena significación lírica, a merced de una tensión inevitable y constante.

Dos valores radicalmente perdidos para Carlos Drummond de Andrade son, entonces, Dios y la infancia. Esta última da título a otra de las piezas del libro *Alguna Poesía*. La idealización de la niñez resulta inevitable si se estima que, en ella, la vida humana logra inscribirse en el escenario de su máximo sentido. Con la extinción de la infancia así concebida y la inviabilidad ulterior de Dios, el joven Carlos Drummond de Andrade llega a sentirse, de modo irremediable, a merced del absurdo. Sabrá, como sujeto, que no hay antinomia mayor que la que se establece entre la conciencia y la certeza. Conocerá, como tal, la desesperación. Y creerá estar a merced de ella de modo unilateral y definitivo hasta que, por caminos para él inexplicables, irrumpe la poesía para ponerlo a salvo de esa temida prisión —que parecía perpetua— tras las rejas del nihilismo y la decepción sin remedio. Y precisamente porque la poesía lo arranca al nihilismo y la decepción, le permite pronunciarse sobre esa pérdida profunda de valores que lo condenaría al silencio de no mediar la facultad creadora. Es así como, en otro poema, el titulado «Yo también ya fui brasileño», Carlos Drummond de Andrade puede mostrar, con deliciosa ironía, que la identidad nacional, entendida como fervor jacobini-

no y folclórico, se encuentra en él desarticulada: de nada vale alzar la bandera *verde-amarilla para buscar amparo donde no lo hay*.

«Europa, Francia, Bahía» permite extendernos en este orden de consideraciones —el de los valores ya inviábiles para Carlos Drummond de Andrade—. En tal sentido, otro campo de opciones imposibles para el poeta es, en lo político, el del fascismo en boga por aquellos años: *Italia explora concienzudamente volcanes apagados/ volcanes que nunca estuvieron prendidos/ a no ser en la cabeza de Mussolini*. De igual manera, tampoco se identifica con el marxismo-leninismo: *Tipos con un brillo raro en los ojos crean el film bolchevique/ y en la tumba de Lenin en Moscú/ pareciera que un enorme corazón está latiendo, latiendo,/ pero no late como el de uno...* Por último, la idealización de la Europa nórdica es para él imposible: *Mis ojos brasileños se hartan de Europa*. Perdido el Brasil campesino de la infancia, arrancado a la fe en Dios, ecléctico habitante de la ciudad moderna, escéptico ante el comunismo y hostil a la retórica fascista, Carlos Drummond de Andrade, alejado ya de los arrebatos del nacionalismo brasileño, reconoce que su sensibilidad se ha exiliado del amplio repertorio de mitos contemporáneos: *¡Basta!/ Mis ojos brasileños se cierran nostálgicos./ Mi boca busca la «Canción del exilio»./ ¿Cómo era la «Canción del exilio»?*

Tal la situación de Drummond de Andrade hacia 1930, es decir, en los inicios de su trayectoria artística. La poesía que, por cierto, ya cumple su función reparatoria esencial —la de hacer del padecimiento que aísla y desespera, materia de comunicación literaria que revincula al escritor con el mundo y con sus semejantes— todavía no constituye, sin embargo, objeto expreso de consideración lírica por parte del poeta. Carlos Drummond de Andrade la instrumenta ya con solvencia pero no la observa aún como tema.

En el poema «La calle diferente» encontraremos una caracterización decisiva del dilema del poeta. Tras haber comprendido que no hay para él camino de retorno a la niñez ni a la fe religiosa que le infundiera un sentido de pertenencia y verdad, el escritor reconoce que su sitio existencial es una zona intermedia, difusa, entre la negación y la afirmación absolutas; entre los vecinos que no se resignan a la pérdida del viejo orden y su propia hija que, espontánea y festivamente, se inscribe a su manera entre los partidarios del progreso:

En mi calle están cortando árboles
colocando vías
construyendo casas.

Mi calle despertó cambiada.
Los vecinos no se resignan.
Ellos no saben que la vida
tiene exigencias brutales como éstas.

Sólo mi hija goza del espectáculo
y se divierte con los andamios,
la luz del soldador autógeno
y el cemento que resbala por las formas.

Allí está el poeta: piadosamente alejado de sus vecinos nostálgicos; tiernamente situado ante su hija que juega. Sin confundirse con una ni con otros. Este territorio del